

# “POETAS MADITOS” ¡MALDITA POESIA!

Hay épocas malditas, décadas prodigiosas y declinables, siglos de las luces y de las velas. Claridad y oscuridades. Y hay poetas malditos condenados a la oscuridad de la historia, de las antologías, al no poder ser condenados al olvido. Poetas, como rosas o como espadas, de las décadas prodigiosas o declinables. Poetas eclipsados por los rayos de las tormentas sociales. Poetas malditos, maldecidos para en el fondo maldecir a la poesía, desposeerla de sus entrañas para dejar un tallo tan seco como precedero.

Poetas malditos de las épocas sangrantes de la poesía y de la vida cuando el canto es más feroz porque feroz es el momento de la historia y entonces alguien cree ver una desvaloración del verso, como si se supeditara a algo, como si la libertad fuera solo una palabra oculta en los diccionarios, una definición, y la poesía un juego de artificio. Innecesaria, alejada de ese “aire que exigimos trece veces por minuto” cuando encontramos “heridas de muerte las palabras”.

## LEON FELIPE: PROMETEO MADITO

Sin duda León Felipe es en la historia de la poesía española, el poeta maldito por excelencia, permanente hacha y Prometeo eternamente encadenado. León Felipe, obsesivo, atormentado, herido, oscuro, soliviantado. León Felipe reiterativo, doliente, punzante, como si en cada verso escondiera mil batallas perdidas.

León Felipe, poeta perseguido, como fruto de una generación literaria perseguida con saña, huye permanentemente hacia los símbolos que delimitan su poesía: las dos Españas, el toro, el hacha, el “poeta prometéico” en

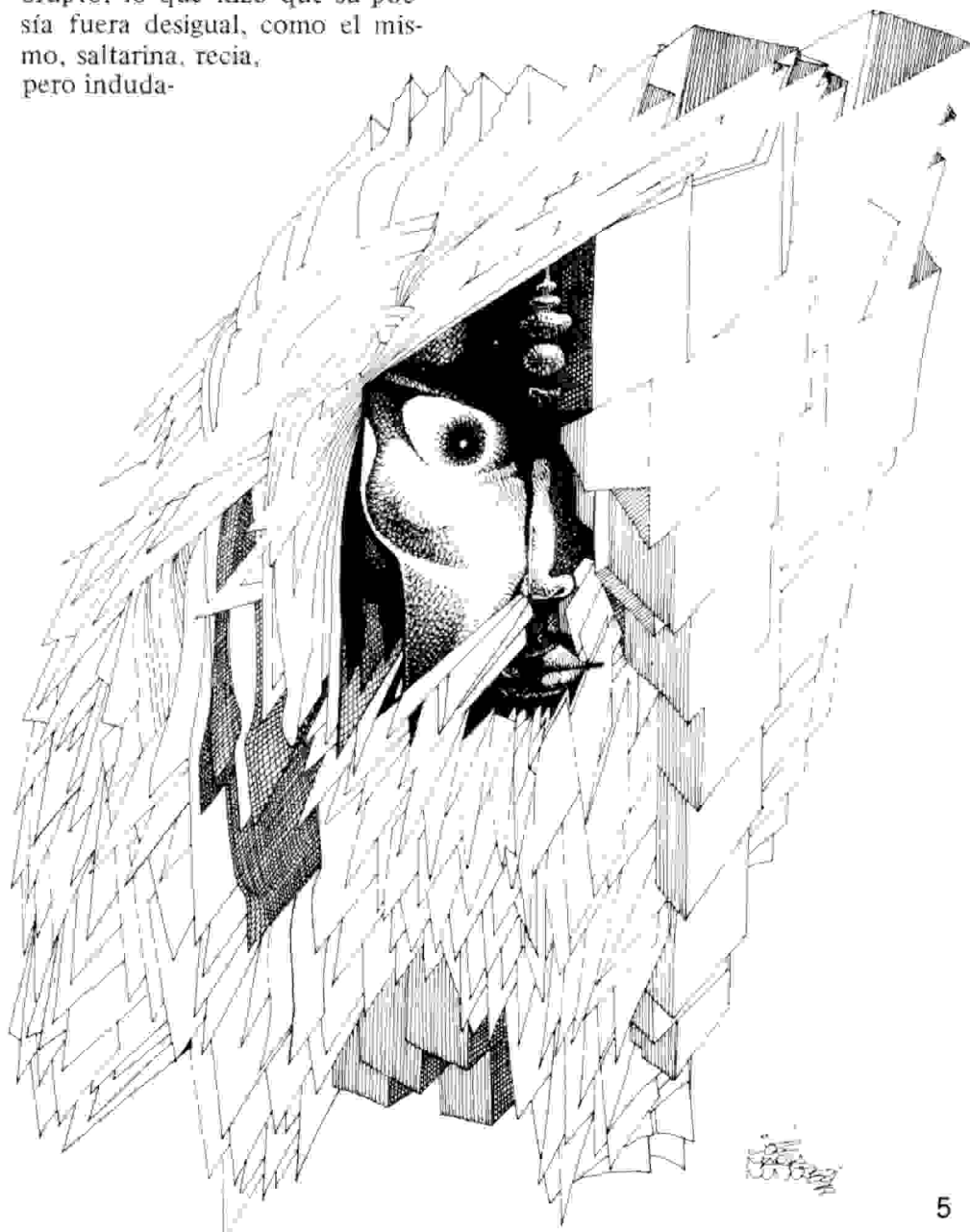
busca de una actual mitología. Huye hacia el fondo de sí mismo, hacia ese cordón umbilical cortado de raíz por la barbarie. León Felipe es sin duda el poeta más doliente de una generación marcada por el dolor.

Y esa persecución visceral a la figura de León Felipe, esa persecución impropia en los hombres de las artes, ha conseguido alejar el hombre del mito dejando que perseverara éste en vez de aquél. Sin duda León Felipe fue un poeta rabioso, a veces casi de exabrupto, lo que hizo que su poesía fuera desigual, como el mismo, saltarina, recia, pero induda-

blemente cercana a los ojos de todos. León Felipe dijo lo que quiso decir y como lo quiso decir. Sin embargo ya nunca podrá quitarse de encima ese carácter maldito que los “vencedores” le colgaron cuando le tildaron de la “anti-España”, una especie de anti-Cristo, furioso y desangrado que le relegó a las tinieblas de la huida. Sin embargo León Felipe hizo honor a su nombre, es decir a sí mismo, es decir a la poesía.

## GUERRA Y PAZ

La guerra fue el corte visible y latente de una generación poética. El tajo brutal que sin embargo no pudo acabar con la pujanza



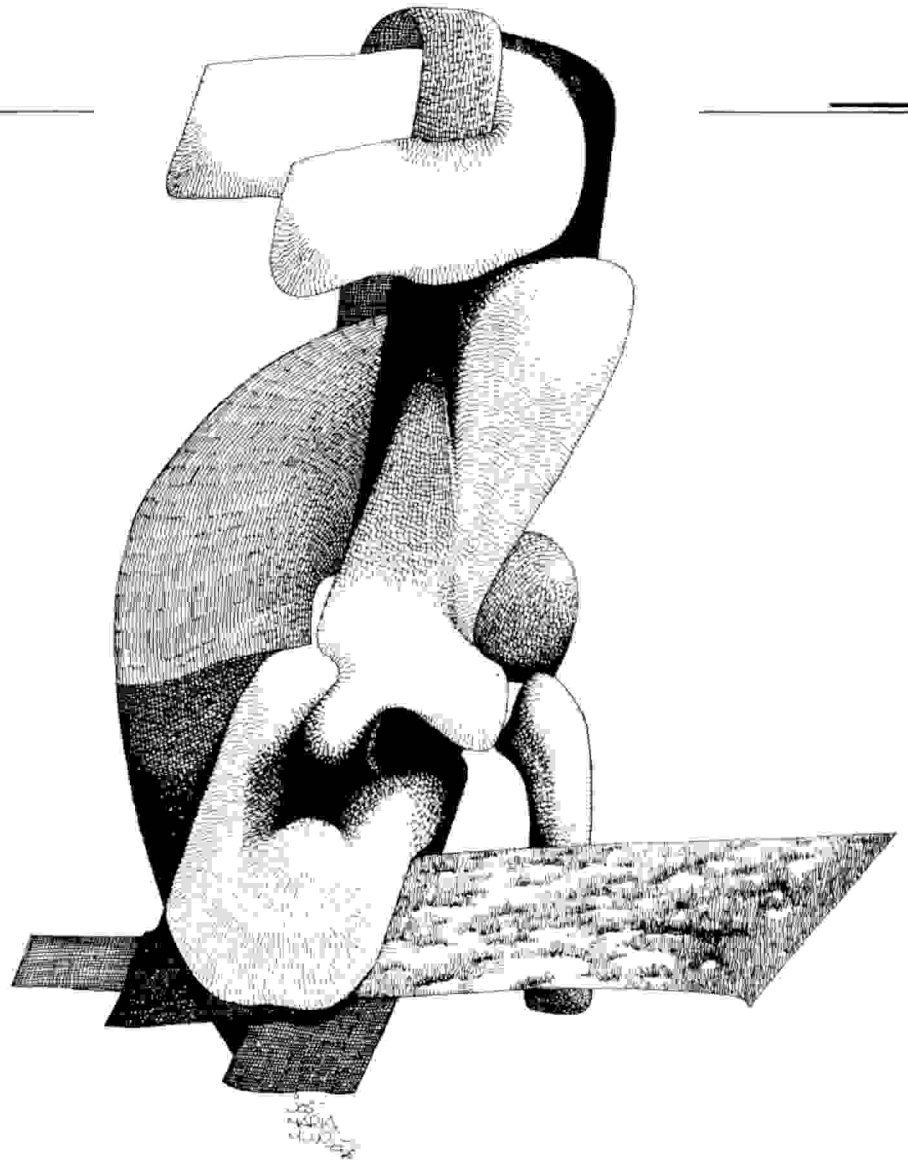
za del verso, mas al contrario puso el punto de referencia para el futuro de tal forma que aún las grandes guías de la poesía del todo el Estado español hundieron sus raíces en aquella generación del fusil y del exilio. Todavía decir Blas de Otero, Celaya, Alberti, León Felipe, Altolaguirre, Hernández, Machado, Lorca, etc. es decir la última poesía, los últimos clásicos.

Sin embargo también se quiso maldecir esta poesía, o al menos esta parte de la poesía. Y Miguel Hernández vivió así su amanecer y su crepúsculo, su guerra y su paz. Aún hoy no es extraño oír comentarios que diferencian el Miguel Hernández, pastor, lírico, casi anacoreta y el Miguel Hernández miliciano, con sus Vientos del Pueblo a cuestas, como quien diferencia el bien del mal. Aún hoy, algunos sobredimensionan "Perito en lunas" a costa de "Vientos del Pueblo" como si la cercanía del verso estuviera reñida con la esencia de la poesía. Eso indudablemente es una manera de maldecir la poesía, de matar la poesía por halagamiento para convertirla en empalagamiento. A Miguel Hernández le palpité la sangre y por ello le palpitaron los versos sin perder un ápice de la técnica y el arte de la poesía. Pero eso fue imperdonable, al parecer. Eso fue la maldición y la perdición.

Idéntico proceso siguieron poetas como Machado, Alberti, Otero, el propio Lorca, y un largo etcétera, que aglutina la mayor parte de la poesía española. Poetas malditos que fueron la guía para quienes pretendían maldecir la poesía, y viceversa. Poetas malditos que dieron sentido a la rosa y el clavel, a la baranda, a la poesía necesaria, sin ocultar un ápice de su alma.

#### ARESTI: HARRI ETA HERRI

Aquí, Gabriel Aresti puso fecha, firma y sello al principio de un



resurgir poético, tras la calma de Axular y Orixe. Puso la modernidad, puso al día el verso vasco con un grito que despertó el sueño imposible de la época pastoril. Aresti llenó el vacío de cien años de soledad, acercando el mundo a Euskadi y Euskadi al mundo, con el verso vigoroso y lleno de armonía, con la innovación a cuestas, labrando el pueblo y la piedra al mismo tiempo. Sin embargo Aresti también vivió la hiel de las dicotomías. El deslumbramiento y la marginación, el aplauso y el silbido, la lea y la... maldición, al cincuenta por ciento. Aresti, mitad Blas de Otero, mitad León Felipe, agrio y dulce como el pueblo y la piedra, que asumió en toda su modernidad. Aresti vivió la incompreensión en su total intensidad, con la rabia que se encuentra en

su poema "En el muelle de Zorroza", donde el dolor, el desencanto, la esperanza, se dan cita verso a verso para sobrevolar la maldición que siempre llevó encima como una losa, como una piedra.

Poetas malditos, y muchas más, repartidos a lo ancho de la historia de la incompreensión, en ese bamboleo frágil de la libertad y la autenticidad. Poetas malditos perseguidos por los que siempre han maldecido la poesía (la cultura). Poetas malditos necesarios "como el aire que exigimos trece veces por minuto para ser y en tanto somos, dar un sí que glorifica".

Eduardo Rodríguez